

UNA CRISIS CONYUGAL.

JUQUETE EN UN ACTO Y EN VERSO.

EGYPT

Precio: 4 reales.

MADRID:

ESTABLECIMIENTO TIPOGRAFICO DE P. ABIENZO,

CALLE DE LA PAZ, NÚM. 6, LIBRERÍA.

1872.

UNA CRISIS CONYUGAL.

LIBRETE EN ENCAJO Y MAZARRÓN.

LIBRETE

Principio 4 reales.

MADRID:

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE D. ALONSO.

CALLE DE SAN JUAN, 6. TORREJA.

1878.

# UNA CRISIS CONYUGAL.

SRA. LORENTE .....  
 SRA. HERRERA .....  
 SRA. MARRAS .....  
 SRA. ROSA .....  
 SRA. EDUARDO .....  
 SRA. RAFAEL .....

JUQUETE EN UN ACTO Y EN VERSO,

arreglado á la escena española

POR

## D. ELOY PERILLAN Y BUXÓ,

REPRESENTADO CON GRAN ÉXITO EN EL TEATRO SALON ESLAVA  
EL DIA 16 DE ABRIL DE 1872.



MADRID:  
 ESTABLECIMIENTO TIPOGRAFICO DE P. ABIENZO,  
 CALLE DE LA PAZ, NÚM. 6, LIBRERÍA.  
 1872.

+ 172295

## PERSONAJES.

## ACTORES.

CLOTILDE.....	SRA. LLORENTE.
AMALIA.....	SRTA. VEDIA.
ROSA.....	SRTA. HERRERA.
EDUARDO.....	SR. MARISCAL.
RAFAEL.....	SR. MONTENEGRO.

POR

D. ELOY PERILLAN Y BUXÓ,

La escena pasa en Madrid.—Epoca actual.

La propiedad de esta obra pertenece á los SRES. GIMENEZ Y TORQUEMADA, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España, en sus posesiones de Ultramar, ni en los países con quienes se hayan celebrado ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

El propietario se reserva el derecho de traducción.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

# ACTO ÚNICO.

Gabinete elegante en casa de EDUARDO.—Puerta al fondo y dos laterales.—Una chimenea.—Sofá y velador (sin silla volante).

## ESCENA PRIMERA.

ROSA Y CLÓTILDE (en traje de calle).

- ROSA. (Entrando con CLÓTILDE por el foro.)  
¡Cómo! Usted no necesita esperar, y aunque hace un rato la señorita me dijo que no estaba... está en su cuarto para usted, se entiende...
- CLÓT. No,  
Todavía es muy temprano; (Sacando el reló.) son las tres... no tengo prisa, lo menos hasta las cuatro...
- ROSA. Pues con permiso... (Intentando marcharse.)
- CLÓT. (Deteniéndola.) Oye, Rosa; el señorito Eduardo... ¿tampoco está?
- ROSA. No, señora.  
¡Qué ha de estar!... ¡Se fué volando á la Audiencia! Hoy tiene vista del célebre asesinato... aquel de Navalcarnero que mató de un puñetazo á su suegra, y á su suegro de un puntapié... poco escándalo se armó con aquel suceso.

CLOT. Sí... ya lo recuerdo... ¿y tu amo defiende tal vez al reo en esa causa?

ROSA. ¡Está claro!...

Como que, según decía la otra mañana almorzando, todos los más criminales se acuerdan de él... ¡Tiene tanto renombre y habla tan bien! ¡Mire usted que será bárbaro!

CLOT. ¿Quién?

ROSA. El que mató á los suegros en Navalcarnero... ¡Vamos!

si llega á ser mi marido y hace tal cosa... ¡le mato! ¡Mire usted que asesinar, como quien mata dos pájaros, á sus dos padres políticos!... Porque, es natural, al cabo...

una suegra es una madre... pero yo estoy molestando...

CLOT. No, Rosa, de todos modos tengo que aguardar un rato...

ROSA. Aquí está la señorita.  
(Aparece AMALIA por la izquierda.)

CLOT. ¡Amalia!...

AMALIA. (Saliendo.) ¡Tú aquí esperando!

ROSA. ¡Pobres suegros!... ¡Le ahorcarán!

Si no le llevan al palo no hay justicia. Señoritas, ¿desean ustedes algo?

AMALIA. No... ya puedes retirarte...

CLOT. ¿Es decir que no está Eduardo?

(Rosa se vá por el foro.)

## ESCENA II.

CLOTILDE Y AMALIA.

AMALIA. No, hija mía, mi marido tiene una vista...

CLOT. Lo sé...

- AMALIA. No te esperaba...
- CLOT. ¿Y por qué?... (Sentándose.)  
¿De verme te has sorprendido?
- AMALIA. Suponia que estuvieras  
muy ocupada...
- CLOT. ¿Yo?
- AMALIA. Si...
- CLOT. ¡Ocupada!... ¿Y en qué, di?
- AMALIA. En prepararte...
- CLOT. ¿De veras?
- AMALIA. ¡Ah!... ¡que es noche de reunión  
y gran baile en la Embajada!...  
Yo siempre estoy preparada  
para cualquier diversion.  
Pero esta noche... no sé...  
si brillaré por mi ausencia;  
me ha apurado la paciencia  
ese vizconde y no iré.
- AMALIA. ¡El vizcondel!...
- CLOT. Aquel pollito  
de las gafas de color.  
¿Cómo! ¿No te ha hecho el amor?
- AMALIA. ¡A mí!
- CLOT. Lo extraño infinito,  
porque á todas cuantas ve  
suelta una declaracion.
- AMALIA. ¡Ah!... si... bailó un rigodon  
connigo el lunes...
- CLOT. ¿Y qué?
- AMALIA. Pero ese es un agregado  
á la Embajada...
- CLOT. Si tal,  
y vizconde de Monreal...  
¡Ya se te habrá declarado!
- AMALIA. No le atendí... me decia  
alguna flor al oido...  
Pero como mi marido  
estaba cerca y veia,  
tal vez no quisiera allí  
hacer el enamorado.
- CLOT. Me estraña que el agregado

no se haya agregado á ti.  
Porque á ese no le intimida  
un marido... ¡bueno es él...!  
Delante del coronel  
me he visto yo perseguida.  
Le concedí un rigodon  
el lunes... te acordarás...  
pues al darme el brazo, ¡zas!  
soltó la declaracion.

AMALIA. ¡Y tú!...

CLOT. No le contesté... ¡Ah!... ¡mas nada le desconcierta;  
siendo mujer, á una muerta  
le dice «me gusta usted.»  
Aun callando yo, seguía  
en su charlar obstinado,  
hasta que con desenfado  
dijo que me escribiría.  
—«¡No haga usted tal!» repliqué;  
y el añadió presuroso:

—«Lo dice usted por su esposo!..»

—«Es natural.» —«¿Y á mi qué?»

—«Si lo sabe... Eso es muy grave...»

—«No veo la gravedad...»

—«¡Jesus que barbaridad!

Le mata á usted si lo sabe.»

Entonces con ceño adusto

respondió: —«¡Cuanta merced;

si yo muero por usted

moriré con mucho gusto!»

—«¡Caballero!» —«Y cuando muera,

él y usted lo han de sentir,

pues nadie puede impedir

que muera yo cuando quiera.»

—«Vizconde, usted se alucina.»

—«Clotilde, usted me acalora.»

—«Vizconde, usted me encocora.»

—«Clotilde, es usted divina.»

—«No quiero que nadie tilde

mi reputacion.» —«¿Por dónde?»

—«Aborrezco á usted, vizconde...»



- «Idolatro á usted, Clotilde.»
- «No quiero que usted me escriba.»
- «¡Angel mio!» — «Es usted tonto.»
- «¡Te amo!» — «Muérase usted pronto!»
- «Pues yo quiero que usted viva,  
y allí á donde vaya, irán,  
tiernas, dulces y espresivas,  
las perfumadas misivas  
de mi abrasador áfan.
- Buscaré todos los dias,  
aunque apele á malas artes,  
medio de que en todas partes  
encuentre usted cartas mias.  
Y con mi amor viento en popa,  
para que al cabo la asombre,  
tendrá usted que ver mi nombre  
y encontrarle hasta en la sopa.
- Dijo, y cuando el rigodon  
tocó á su anhelado fin,  
estaba yo hecha un carmin  
del brazo de aquel moscon.
- AMALIA. ¿Y ha cumplido tu rendido  
Tenorio lo que decia?  
(CLOTILDE saca el pañuelo del manguito y cae una  
carta).
- CLOT. ¡Por desgracia, amiga mia!  
Ya ves como lo ha cumplido; (Recoge la carta )  
mis criados, sobornados  
por ese pollo maldito, ...  
ponen hasta en el manguito  
sus billetes perfumados.  
Ayer llevé otra doncella  
y la encargué... pero ¡quia!  
Figúrate si estará  
puesto de acuerdo con ella.  
Esta mañana salí  
de tiendas, y en el bazar  
donde compré agua de azar...
- AMALIA. ¿Te dieron la carta?
- CLOT. Sí;  
y no podia enfadarme;

sabe que soy parroquiana, y se fué por la mañana ese lazo á prepararme.

AMALIA. ¡Ja... ja... ja!...

CLOT. Yo no me río; porque si llega mi esposo á ver una... ¡El tan celoso, que me ama con desvarío!

AMALIA. ¿Conque es celoso?...

CLOT. Me adora.

AMALIA. Y solo el que adora... pues.

CLOT. El que no quiere, no lo es.

Pues qué, ¿lo sabes ahora?

Y no es que se encolerice

infundadamente, no!

ni que me intimide yo

por nada de lo que dice.

Pues del cariño sincero

que él me profesa, segura,

le incomodo y no le dura

el enojo un dia entero.

¡Es tan bueno, tan sensible!

Si te llegara á contar...

mira, ayer le hice llorar.

AMALIA. ¡Llorar! ¡Parece imposible!

CLOT. Sí, me empeñé en una cosa

en que no habia razon

de mi parte; una cuestion

de modista...

AMALIA. ¡Prosa, prosa!

CLOT. Calificó de estravio

mi decision, regañamos,

y en fin, que nos separamos

él á su cuarto y yo al mio.

Luego yo reflexioné,

siempre reflexiono *luego*,

y de aquel capricho ciego

la sinrazon encontré.

Fui á su gabinete... cuando

todavía estaba allí...

entré de puntillas... y...

AMALIA. ¿Y qué?  
CLOT. ¡Le encontré llorandó!  
AMALIA. A un militar, á un valiente  
que ha luchado en cien batallas,  
tú, Clotilde, le avasallas...  
CLOT. luego mi marido miente...  
CLOT. ¿Por qué?  
AMALIA. Lo comprendo ahora; (Levantándose.)  
me engaña, sí...  
CLOT. Amiga mía.  
AMALIA. ¡Si regañamos al día  
mil veces y nunca llora!  
No es sensible, no es rendido,  
como el tuyo... no ha llorado  
y lleva ya de casado  
mas de un año el fementido.  
Mira cuál será su pasta  
que ni es celoso... ¡Perjuro!  
Dice que está muy seguro  
de mi amor, eso le basta.  
Tú sí que estarás segura  
del amor del coronel...  
¡El llanto! ¡Símbolo fiel  
del amor y la ternura!  
CLOT. Pero Eduardo es caballero,  
como Rafael, y te ama;  
es guardador de tu fama...  
y tú...  
AMALIA. ¡Yo sí que le quiero!  
EDUARD. (Fuera.) ¡Rosa! ¡Rosa!  
AMALIA. Ya está aquí...

(Aparece EDUARDO presuroso y limpiándose el sudor con un pañuelo.)

### ESCENA III.

Dichos y EDUARDO.

EDUARD. ¡Coge la toga!... Caramba...  
no lo puedo resistir, (Sentándose.)  
Pronto, pronto. ¡Un vaso de agua!  
Qué manera de sudar...

- ¡Amalia! Querida Amalia, (Sentándose.)  
acabo de conseguir  
un gran triunfo en esa causa.
- AMALIA. ¿Pero estás ciego? (Señalando á CLOTILDE.)
- EDUARD. Clotilde,  
perdone usted... no esperaba  
¿Que tal está el coronel?
- CLOT. Perfectamente. (Sonriendo.)
- EDUARD. (Al foro.) Muchacha,  
¿cómo se dicen las cosas?...  
Necesito que me traigas...  
usted me dispensará,  
pero el suceso me exalta;  
he conseguido por fin  
el perdón de ese canalla  
que mató de un puñetazo.
- CLOT. Si... si, ya estoy enterada.
- EDUARD. Por supuesto, es un bribón  
y yo tengo pruebas claras  
de que asesinó á los suegros.  
¡Pero qué defensa! ¡Cáspita!  
Lloraban los magistrados,  
¡yo mismo he visto sus lágrimas!  
y el fiscal, los alguaciles...
- AMALIA. ¡Oh!... Dime y tú ¿no llorabas?
- EDUARD. ¿Qué había yo de llorar?  
Mujer... no sería mala.
- AMALIA. Pero ¿no te conmovias  
siquiera con sus palabras?
- EDUARD. ¡Conmoverme! ¿Qué pregunta!  
Pero tú te has vuelto fátua...
- ¡Eh! ¿Qué le parece á usted,  
Clotildita? (Aparece ROSA con un vaso de agua.)
- CLOT. (A AMALIA.) (Mujer, calla.) (EDUARDO bebe.)  
¡Olvida esas tonterías!...
- AMALIA. (¡Y decía que me amaba!)
- EDUARD. Este es el sétimo vaso;  
traigo seca la garganta.
- CLOT. Yo me voy á retirar,  
porque debo estar en casa  
á las cuatro...

EDUARD. ... ¡No! ¿Quiere usted  
que le acompañe?

CLOT. Mil gracias, A  
voy á volver en seguida.

EDUARD. Lo celebro...

CLOT. ¡Adios, Amalia!  
Doy á usted la enhorabuena  
pór su triunfo... no esperaba  
otra cosa de su mérito...

EDUARD. Agradezco la alabanza...

CLOT. Como mi amistad sincera.

EDUARD. Y cual mi gratitud franca. (Se dan las manos;  
AMALIA sale á despedirla hasta el foro, donde se besan.)

AMALIA. (¡Lo ves como es insensible?)

CLOT. (¡Veo lo mucho que te ama!)

AMALIA. (¡Pero, mujer, si no llora!)

CLOT. (¡No llora, pero trabaja!)

ESCENA IV.

EDUARDO y AMALIA.

EDUARD. ¿De quién será este papel?

AMALIA. ¿Ese? (Volviendo del foro.)

EDUARD. Sí... y es una carta.

AMALIA. Así parece... (¡Probemos  
á donde llega su calma!)

EDUARD. La habrá dejado Clotilde.

AMALIA. Bien puede ser... (Haré un arma  
de la carta del vizconde,  
agregado á la Embajada.)

EDUARD. La señora coronela  
parece que tambien anda

AMALIA. (Este hombre es de carton-piedra  
si no siente... es una estatua.)

¿Y quién te ha dicho que sea  
de Clotilde?

EDUARD. ¿No? ¿Te agravia  
en su nombre? Pues entonces  
será tuya...

AMALIA. ¿Y qué? (Examinándola con fijeza.)

- EDUARD. ¡No... nada!...  
Si está dirigida á ti.
- AMALIA. A mí. (Afirmando.)
- EDUARD. Yo cumplo con dártela;  
no soy de los que atropellan  
los secretos de las damas.
- AMALIA. ¡(Nieve pura... no se altera!)  
Déjala ahí donde estaba.  
(La deja sobre el velador.)
- EDUARD. Pues si me hubieras oído  
el discurso esta mañana...  
¡Qué satisfacción! ¡De gozo  
te hubieras puesto tan ancha!...  
Pero... hablemos de otro asunto:  
Sabes que encuentro muy guapa  
á Clotilde.
- AMALIA. Es muy dichosa,  
y en su rostro se retrata  
la misma felicidad  
de que goza.
- EDUARD. Sí... ¡Caramba!  
Me parece que lo has dicho  
así, con malicia...
- AMALIA. ¡Vaya!  
Tiene un marido completo,
- EDUARD. ¿Sí? ¿Pues á mí que me falta?
- AMALIA. Es tan tierno, tan sensible!,  
tiene una grandeza de alma,  
y una manera especial  
de querer ¡tan delicada!
- EDUARD. ¡Militar! (Desdeñoso.)
- AMALIA. Sí, militar;  
¿y eso qué? Pues quizás valga  
mas que un abogado...
- EDUARD. ¿Sí?  
En el campo de batalla,  
pero en el foro... teniendo  
una defensa tan árdua  
como la de ese bribon  
que mató al suegro á patadas...  
El militar, mata gente,

- el abogado la salva,  
como yo á ese desdichado,  
del patíbulo y la infamia.
- ¿Pues qué? ¿Eso no te conmueve?  
¿No te engrie, no te halaga?
- AMALIA. ¡Oh! si, quizás tendrá padre,  
una mujer, una hermana,  
hijos tal vez.
- EDUARD. Nada de eso;  
es un hongo, por desgracia.  
¿Pues si llega á tener madre!  
¿Qué epilogo de hojarasca  
hubiese añadido yo  
al discurso... *verbi gratia*...  
(Perorando.) ¿Qué! Señores magistrados,  
¿esa madre infortunada  
que os pide á gritos, llorando,  
el hijo de sus entrañas,  
acaso no os entenece,  
tal vez no os inspira lástima? (Afectado.)
- AMALIA. ¡Ah!... ¿Te conmueves... y lloras!
- EDUARD. ¡Vamos, hija!... estás en Babia!  
(Transición cómica.)  
¿Vaya una majadería;  
llorar yo!... ¿Tendría gracia!  
Un abogado, jamás  
debe conmoverse...
- AMALIA. ¡Calla! ¡Calla!  
Los abogados no deben  
sentir... ¡Oh, ya me olvidaba!  
(Paseando la escena con desesperacion.)
- EDUARD. (Siguiéndola.) ¡Á ver, mirame, detente!  
Noto que estás alterada,  
que hay algo anormal en ti...  
¿Te sientes enferma? ¡Ay, habla!  
habla por piedad... ¿qué tienes?
- AMALIA. Sí... siento una cosa estraña. (Deteniéndose.)
- EDUARD. ¿Quieres que toque el piano  
para que así te distraigas?
- AMALIA. No, me pondría peor.
- EDUARD. ¿Quieres que lea esa trágica

- novela á que te has suscrito?
- AMALIA. Tampoco.
- EDUARD. ¿Ya no te agrada?
- AMALIA. Si; pero estoy convencida de que en la mas arriesgada situacion, de las muchisimas por que atraviesa esa huérfana, te echarías á reir.
- EDUARD. ¡Pues es claro, no faltaba sino que diera yo crédito, como tú, á todas las fábulas y embustes de las novelas! ¡Yo tengo mucha mas calma!...
- AMALIA. ¡Jesus! estás fastidioso. (Se vuelve á sentar.)
- EDUARD. (¡Cielos, si será!.. tan raras exigencias me sorprenden. ¡Oh felicidad ansiada!...) Estás muy nerviosa... (Sentándose junto á ella.)
- AMALIA. Mucho.
- EDUARD. ¡Oh cuánta ventura, cuánta!
- AMALIA. ¡Eso es!... Regocíjate... Parece que al verme mala te alegras mucho.
- EDUARD. (Acercándose más.) ¡Quién sabe!
- AMALIA. Si yo me muriese...
- EDUARD. ¡Amalia!
- AMALIA. Pronto te consolarías...
- EDUARD. ¡Bah! no estamos, á Dios gracias, en caso tan apurado.
- AMALIA. Pues recuerda que Adelaída era jóven como yo y murió en una semana.
- EDUARD. En una semana muere todo el que muere... ¡Caramba! Y siempre hay algo de chiste en todas esas desgracias. Te acuerdas de aquel doctor que á Adelita visitaba, y cinco minutos antes de morir, dijo: «Esto marcha?» ¡Já, já, já!



AMALIA. Calla, insensato, eres mármol de Carrara. (Levantándose.)

EDUARD. ¡Sí, como la estatua aquella de Don Juan Tenorio!

AMALIA. ¡Basta!

(Se vá AMALIA por la izquierda.)

(¡No siente, no, no me quiere!...

¡Cielos! ¡Soy muy desgraciada!)

EDUARD. (Declamando.) Y se ven como de día con esta luna tan clara...

esta es mármol de Carrara...

¡Pues cuéntaselo á tu tía!

¡Já, já, já!...!

Aparece RAFAEL por el foro vestido con uniforme de coronel.

### ESCENA V.

EDUARDO y RAFAEL.

EDUARD. (Viéndole.) ¡Mi coronel! ¡Estoy loco de contento!

RAF. Ya sé que ha logrado usted la salvacion de su reo. Me lo ha dicho mi mujer.

EDUARD. Pero no es solo por eso mi alegría... no, señor, hay otro acontecimiento de mas bulto para mí.

RAF. Usted dirá...

EDUARD. Ya hace tiempo que se ofreció usted á ser padrino de mi heredero.

RAF. Como usted lo fué del mio.

EDUARD. Pues bien... muy bien ¡abracémonos! Somos compadres... ¡Hosanna! Voy á ser papá.

RAF. (Friamente.) Me alegro.

EDUARD. Sí, señor, sí, mi mujer tiene caprichos á cientos, vé visiones, está inquieta, se sienta minuto y medio,

se levanta de repente  
y comienza á dar paseos,  
y dice que soy de mármol  
y hace variedad de gestos  
que revelan claramente  
un estado...

RAF. Ya comprendo;  
tambien yo soy muy feliz,  
(Dando un puñetazo en la silla de EDUARDO.)  
muy dichoso!

EDUARD. ¡Ya lo creo!  
Pero, hombre, lo há dicho usted  
con un tono de misterio...

RAF. ¡Si me río!... (Sonriéndose.)

EDUARD. Me parece  
que es la risa del conejo.

RAF. Hay mil modos de reir.  
¡Cuestion de temperamentos!  
(Dando otro puñetazo.)

EDUARD. ¡Pues, señor, si dá otro golpe,  
voy á rodar por el suelo!  
¿Conque está usted con esplin?  
¡Ah! pues ya no le presento  
á mi mujer... en su estado,  
pudiera serla funesto  
ver malas caras...

RAF. (Repentinamente.) ¡Eduardo!  
¿Conoce usted á un tal Ernesto,  
vizconde de Monreal,  
y agregado á...

EDUARD. Ya recuerdo;  
¿Aquel que usted suponía  
con amorosos proyectos  
hácia Clotilde su esposa?...  
¡Hombre! Ese es un majadero...

RAF. ¿Pero usted lo tomá á risa?

EDUARD. ¡Claro! Si estoy muy contento,  
soy muy feliz. ¡Coronel!  
diga usted, ¿y qué le haremos?

RAF. ¡Romperle el alma!

EDUARD. ¿A mi niño?

- RAF. Estoy hablando de Ernesto.
- EDUARD. Creí...
- RAF. (Levantándose.) Veo, amigo mio,  
que hoy no está usted en su centro,  
y por consiguiente...
- EDUARD. No. (Le detiene.)  
¡Si escucho á usted! Le aconsejo  
que no tenga ese carácter  
tan polvorilla!... Al asiento. (Sentándole.)  
Desfogue usted, coronel...
- RAF. Pues bien, vamos á mi pleito.  
El lunes en la Embajada  
sacó á bailar ese nécio  
á mi Clotilde...
- EDUARD. Lo ví;  
si estaba yo junto á ellos...
- RAF. Entonces usted oiria  
todo lo que se dijeron...
- EDUARD. Yo miraba á mi mujer,  
que estaba un poco mas lejos,  
¡tan hermosa!... aunque pálida...  
palidez que ahora comprendo...  
¿Vamos, le parece á usted  
que le hagamos ingeniero?
- RAF. ¿A quién?
- EDUARD. ¡Ay! Usted dispense,  
(¡Ya no sé lo que me pescó!)  
Pues no le oí una palabra,  
pero echaría requiebros  
á Clotilde... es muy bonita,  
¡su mujer!... se lo confieso.
- RAF. ¿Es decir, que usted no quiere  
favorecer mis intentos?...  
Está bien. Procuraré  
buscar por ahí los medios  
de descubrir esa hilaza.  
El escribirá y...
- EDUARD. No creo  
que se atreva...
- RAF. Sí, señor,  
bien seguro me lo tengo:

- los que empiezan por hablar,  
escriben cartitas luego...
- EDUARD. Diga usted, ¿y cómo acaban  
los que empiezan escribiendo?
- RAF. ¡Yo que sé hombre!... Yo que sé!  
Si yo encontrara uno de esos  
papeles:
- EDUARD. ¿Qué haría usted?
- RAF. ¿Qué? Buscar á ese tontuelo,  
llevarlo al campo, y allí  
matarle sobre el terreno.  
¡Ah! si; yo abriré las cartas.
- EDUARD. ¡Caramba! ¿Está usted resuelto  
á abrir la correspondencia  
de su mujer?...  
Por lo menos
- RAF. todas las cartas de amor.
- EDUARD. ¿Y usted sin ver lo que hay dentro,  
cómo sabe las que son  
de amor?
- RAF. Fácil es saberlo:  
pues nunca vá sobrescrito  
en las cartas de ese género.
- EDUARD. (¡Hola, hola!) (Con inquietud.)
- RAF. Sí, señor,  
se confían á un tercero.  
(Eduardo ha tomado la carta del velador, y con lentitud  
á pasearse agitado.)
- EDUARD. (¡Diablo!)
- RAF. Á fin de que ninguno,  
y si hay marido por medio,  
el marido sobre todo,  
no se entere del secreto.  
Pero ¿qué le ha dado á usted?
- EDUARD. ¿A mí? Nada. Estaba oyendo.
- RAF. Usted oculta una cosa. (Levantándose.)  
¿Es un papel!...
- EDUARD. Si... (¡Mal trueno!)
- RAF. Es una carta.
- EDUARD. Una carta...
- RAF. ¡Sin sobrescrito!

- EDUARD. ... En efecto;  
¿quiere usted que la leamos?
- RAF. Léala usted.
- EDUARD. (Rasgando el sobre.) Al momento.
- RAF. ¡Animo!
- EDUARD. Sí, sí, señor,  
ánimo, valor (¡y miedo!)  
(Lee.) «Señora.»
- RAF. A ver quién lo firma;  
ver el nombre es lo primero.
- EDUARD. Está en la cuarta carilla.  
«Ernesto Monreal.»
- RAF. ¡Ernesto!
- EDUARD. ¡Ay!... Esto se pone serio.  
(Lee.) «¡Señora... no puedo mas!»  
(Hablando.) ¿Eh? Yo soy el que no puedo.  
(Lee.) «El amor que me devora  
hace ya bastante tiempo.  
¿Dónde vive ese hombre?»
- RAF. ¡Calma,  
Eduardo en estos momentos!...  
Con una buena estocada  
se libra usted de ese necio.
- EDUARD. ¿Sabe usted que era mejor  
que este pollo majadero  
se declarase á Clotilde  
que á mi mujer?
- RAF. ¡Sí! Me alegro.
- EDUARD. ¿Es decir, que hace por tabla  
el amor, según voy viendo?  
Claro! Usted es militar,  
y maneja bien la espada,  
infunde mayor respeto  
que un abogadillo.
- RAF. ¡Vamos! Ánimo sereno,  
Eduardo... si le ve Amalia  
va á tomar un susto horrendo,  
y en su estado, eso sería  
peligroso... de ese duelo

me encargaré yo... entre tanto...

EDUARD. Entre tanto lo que espero  
es conferenciar un rato  
con mi mujer...

RAF. ¡Mucho tiento!

EDUARD. No hay cuidado, fingiré,  
me reiré... no pretendo  
matar en flor una vida  
que puede ser mi consuelo.

(Aparece CLOTILDE al foro.)

RAFAEL. (Maldita casualidad...  
pues se trocaron los frenos.)

CLOT. (Entrando.) (Mi carta en manos de Eduardo.)

EDUARD. Señora...

CLOT. (¡Aquí hay algo nuevo!)

### ESCENA VI.

Los mismos y CLOTILDE.

RAF. ¡Clotilde mía!...

CLOT. (Sonriendo.) Ofrecí  
venir á buscarte...

RAF. Bueno...

CLOT. ¿Y Amalia?

RAF. (Con gravedad.) Está algo indispuesta.

CLOT. ¡Oh!

EDUARD. Sin embargo, yo creo  
que estará esperando á usted...  
no es cosa mayor... ¡Yo vuelvo!

CLOT. ¿Se marcha usted?

(Asustada y mirando á RAFAEL.)

EDUARD. Sí, señora,  
voy á una cita que tengo.

(¡Espero en mi cuarto!) (Aparte á RAFAEL.)

RAF. (¡Bien!)

(Allá voy en el momento)

(EDUARDO sale por la derecha.)

### ESCENA VII.

CLOTILDE y RAFAEL.

RAF. (En voz baja.) Aquí van á suceder  
cosas terribles.

- CLOT. ¡Terribles!...
- RAF. Eduardo tiene una carta que Ernesto á Amalia le escribe... Ese papel que llevaba en la mano.
- CLOT. ¡Es imposible!
- RAF. ¿Cómo ha podido creer?... ¡Viéndolo! Cuando yo vine él no se habia atrevido... mas como yo se lo dije, rasgó el sobre, vió la firma y... no es preciso ser lince para adivinar que Amalia, que así la carta recibe, habrá dado ya motivos que á ese pedante autoricen. Preven en tanto á tu amiga y á ver si un desastre impides; yo voy al cuarto de Eduardo... ¡Abrazame antes!... lo exige mi cariño.
- CLOT. (¡Qué haré yo!)
- RAF. Te adoro y... somos felices.  
(Se vá por la derecha.)

### ESCENA VIII.

CLOTILDE y AMALIA, ROSA (luego).

- CLOT. ¡Qué trastorno para Amalia!  
¡Ella! (Aparece AMALIA por la izquierda.)
- AMALIA. ¿Tú de vuelta ya?
- CLOT. Sí, Amalia, sí, pero ignoras... que ocurre una novedad.  
La carta de Ernesto... aquella que saqué sin reparar de mi manguito, es la causa de un trastorno sin igual. La tiene Eduardo, y sospecha...
- AMALIA. ¡Sospecha! ¡Bravo!... ¿Y qué mas?
- CLOT. ¡La ha leído!

- AMALIA. ¡La ha leído?  
¡Sublime, piramidal!
- CLOT. Pero, mujer, ¿no te asustas?
- AMALIA. ¡Yo! ¿Y por qué me he de asustar?  
Al contrario, eso me alegra.
- ROSA. (Entrando.) Señorita Amalia.
- AMALIA. ¿Qué hay?
- ROSA. El señorito pregunta  
si está usted sola.
- AMALIA. Ya da  
lumbres la carta ¡qué gozo!
- CLOT. Quedarte sola, ¡jamás!
- AMALIA. Oh, si... vete al tocador  
y espérame... ¿Llorará?
- CLOT. Pero, Amalia.
- ROSA. (A CLOTILDE.) Señorita,  
no se me vaya a olvidar  
esta carta que me ha dado  
un lacayo.
- CLOT. Si será  
del vizconde... ¡hasta en tu casa!  
ya no se puede aguantar. (La rasga.)
- AMALIA. Vete que estoy impaciente.
- CLOT. Pero tu confesarás,  
en caso de que te apure,  
sin rodeos la verdad.
- AMALIA. ¡Nunca!... no quedo contenta  
si no le veo llorar. (Rosa se vá por la derecha, y  
CLOTILDE por la izquierda.)

ESCENA IX.

AMALIA y EDUARDO.

- AMALIA. Veremos lo que hace ahora  
un marido que no siente. (Aparece EDUARDO  
por la derecha muy sombrío, fingiéndose repentina-  
mente estar de buen humor.)
- EDUARD. (No debo contribuir  
con palabras imprudentes...  
Haré todo lo posible  
por calmarla y contenerme.)



Y bien, Amalita mía. ¿estás mejor?

AMALIA. Como siempre.

EDUARD. (Como siempre, no es verdad...)

Yo quisiera que estuvieses un poco más animada... mas.

AMALIA. ¿Qué?

Quieres tal vez imponerme otra humillación.

EDUARD. No tal.

yo doy lo que se merece á la importuna misiva que envió ese mequetrefe.

AMALIA. ¿Y qué vas á hacer?

EDUARD. Por Dios...

Amalita no te alteres!

si en vez de encolerizarme

el amoroso billete

me ha hecho gracia, mucha gracia!

Hablemos tranquilamente.

¿Te hace la corte, verdad?

AMALIA. ¿No lo has notado?

EDUARD. ¿Qué quieres!

Los maridos no notamos

esas cosas.

AMALIA. (¡Es de nieve!)

¿Y con qué autorizacion

has leído?

EDUARD. ¿Cómo! crees...

no... si la cogí de encima

del velador. (Amalita hace gesto de desesperacion.)

¡No te alteres!

Yo no soy de esos maridos

ridiculos y crueles

que van como polizontes

persiguiendo á sus mujeres.

AMALIA. Como Rafael.

EDUARD. Si, justo.

Rafael precisamente

es uno de esos maridos

ridiculos. ¿Te parece?

Dime, ¿y es esta cartita  
la primera que ese enquencle  
te dirige?...  
AMALIA.

AMALIA. A tal pregunta  
no debo yo responderte.

EDUARD. ¿Que no debes?

AMALIA. No, señor.

EDUARD. Si, si, dices bien, no debes...

¡Pero cálmate, por Dios!

mi pregunta es inocente;

por mera curiosidad...

Es muy natural. ¡Qué tiene

de particular que escriba

con tal que no le contestes!

AMALIA. Bien... ¡y se le contestase!

EDUARD. ¡Oh! (Indignado.)

AMALIA. ¿Qué? (Alegría repentina.)

EDUARD. ¡Bah! ¡No me atormentes!

Estás agitada, Amalia,

y si tú á la postre quieres

contestarle... ya veremos...

acaso todo se arregle

buscando yo á ese señor

y reclamando solemnes

explicaciones... sin ruido,

haciéndole ver patente

que habia hecho mal, muy mal,

en turbar con sus billetes

la paz de que disfrutamos

ambos hasta conocerle. (AMALIA se levanta.)

Vamos, confieso mi culpa

de indiscreción. ¡No te alteres!

Ya te dejo, voy á casa

del escribano, ahí enfrente.

(Sí, ya no me cabe duda,

su estado es... ¡Oh, Dios lo quiere!...) (Váse.)

### ESCENA X.

AMALIA, despues CLOTILDE.

AMALIA. (Despues de un gesto de disgusto.)

¡Jesus, es insoportable!...

- Un marido de cartón,  
á quien nada hace impresion,  
frio, seco, inalterable!  
Dominar no he conseguido  
su glacial indiferencia;  
¡qué *sans facon*, qué paciencia!  
¡Si será inglés mi marido!
- CLOT. ¿Se marchó?
- AMALIA. Si... no le arredra  
todo lo que le he contado.  
¡Ay! Clotilde, me he casado  
con una estatua de piedra.  
Fingí, tramé, ¡que si quieres!  
me ha escuchado tan contento,  
diciendo á cada momento:  
¡Vamos, hija, no te alterés!  
¡Oh, Dios, qué fatal consorcio!  
¡Has visto qué campechano!  
Vá á casa de su escribano  
y no entablará el divorcio.
- CLOT. Mas tú le has dicho...
- AMALIA. Cuanto he querido decir, mujer.
- CLOT. ¿Y qué hacia en tanto?
- AMALIA. Oír  
como quien oye llover.
- CLOT. ¡Ah! debes desengañarle.
- AMALIA. ¿Yo? Me guardaré muy bien.
- (Reaparece EDUARDO por el foro.)

ESCENA XI.

Los mismos y EDUARDO.

- EDUARDO. He llegado hasta la esquina,  
y no viene el coronel.  
¡Ah! ustedes aquí.
- CLOT. Eduardo.
- EDUARDO. ¿Las incomoda tal vez  
mi presencia?
- CLOT. ¡Incomodarnos?
- EDUARDO. Con su permiso... me iré.  
(Dirigiéndose á su cuarto.)

AMALIA. (¿Ves que cachaza?)

CLOT. (Al contrario, á

yo creo notar en él.)

¡Eduardo!

EDUARD. Señora.

CLOT. Quiero

que hablemos.

AMALIA. (A CLOTILDE.) (¿Qué vas á hacer?)

CLOT. Usted sabe lo que ocurre. (A EDUARDO.)

EDUARD. Me parece que lo sé.

CLOT. Sin embargo...

AMALIA. (¿Qué coraje!)

CLOT. Yo debo decir á usted

que engañan las apariencias

de una manera cruel.

AMALIA. No trates de disfrazar

los hechos... No hay para qué!

este caballero...

EDUARD. (Suplicando.)

AMALIA. Este caballero, infiel

á las prácticas sociales,

ha atropellado el deber

leyendo una carta mia

EDUARD. ¿Pero vuelves otra vez

á alterarte?... No te agites,

al contrario, cálmate.

AMALIA. (Lo estás viendo.)

CLOT. (¿Qué crueldad!)

EDUARD. Ya debías comprender,

que siendo esta la mansión,

como hasta hace poco fué,

de la mútua confianza

que hacia de ella un Eden,

la mas ligera sospecha,

me habia de sorprender.

Eramos muy venturosos,

Clotilde, créalo usted

y yo observando el tenaz

empeño en hacerme ver

cosas que si fueran graves

se cuidaria muy bien

de ocultármelas, creí  
que era tan solo una red  
para probar mi firmeza,  
ó era acaso... ¿lo diré?  
un antojo natural  
en cierto estado... así, pues,  
¡Oh! Hasta me faltan palabras,  
falta que hasta hoy no noté,  
para pintar mi emocion,  
y si dejara correr  
las lágrimas que se agolpan  
á mis ojos... prueba fiel  
de la alegría que inunda  
mi corazon... yo no sé...  
lloraría... ¡lloraría!...

AMALIA. ¡Eduardo!... (Arrebatada.)

EDUARD. Sí, de placer...

CLOT. (Ves ahora tu locura...)

AMALIA. Perdon, Eduardo.

EDUARD. ¿Por qué?

CLOT. Esa carta, así como esta

que me acaban de traer,

van dirigidas á mí

por ese pedante á quien

desprecio; pero, por Dios,

que no sepa el coronel

EDUARD. Que no sepa... Y está allí

CLOT. ¿En casa de Ernesto?

EDUARD. Pues! ¡Pues!

AMALIA. ¿Pero lo sabe?

EDUARD. Lo ignora

todo.

AMALIA. Entonces á qué fué?

(EDUARDO baja la vista.)

¡Ah! ¡Ya comprendo!

EDUARD. Era justo

darle una leccion.

AMALIA. ¡Cruel!

Entonces ¿cómo me explicas

tu fingida pesadez

y aquello de ¡No te alteres!

AMALIA. Hija mia, cálmate?

EDUARD. Pues temia. (Con intencion.)

CLOT. (A AMALIA.) (Pobrecillo.)

(Aparece ROSA por el foro.)

ROSA. Ya llega don Rafael.

Señorito... (A EDUARDO.)

CLOT. ¡Mi marido! (Asustada.)

AMALIA. ¡Ah!

EDUARD. ¡Dios nos saque con bien!

(Aparece RAFAEL al foro.)

### ESCENA ULTIMA.

Todos.

RAF. (Entrando.) ¿De cómo estamos?

EDUARD. (Aturdido.) ¡Sí!

¿Ha arreglado usted aquello?...

RAF. Radicalmente: no estábamos

para malgastar el tiempo.

AMALIA. (¡No lo sabe!) (A CLOTILDE.)

CLOT. (¡Así parece!)

RAF. ¡Y tiene gracia el enredo!...

Pues señor... en un simon-

marché á la casa de Ernesto,

que está en esta misma calle...

EDUARD. (Crei que estaba mas lejos.)

RAF. Es un pollo muy galante,

me vió entrar y sin rodeos

me dijo: ¿Usted por aquí?

Pues entonces ya comprendo

la causa de su venida.

Si usted gusta empezaremos.

No me dió tiempo á decir

que iba á proponerle un duelo

con usted... llamó á un amigo

que andaba por alli dentro,

fuiamos al jardin y zás!

- Sin dibujos ni floreos  
le hice un rasguño en la mano  
derecha; al decirme luego  
que no era usted, sino esta,  
de su pretension objeto,  
me desternillé de risa  
y le contesté: ¡Me alegro!...  
Ya no puede usted escribir  
en un mes ó mes y medio.  
Pero si cuando se cure  
quiere volver á su empeño,  
le arrancaré las orejas...
- CLOT. (¡Ya lo sabe!)
- AMALIA. ¡Y yo que tengo  
la culpa!...
- EDUARD. Es decir que ya  
no amenaza ningun riesgo  
á nuestra paz conyugal...
- RAF. Ninguna, yo lo celebro,  
y á tí te doy muchas gracias  
por el continuo desprecio  
con que has mirado á ese tonto...
- AMALIA. ¡Dios mio! Cuando yo pienso  
que he podido ser causante  
de otro lance mas funesto...
- EDUARD. No te alteres, hija mía...  
(¿Diga usted, y qué le haremos?) (A RAFAEL.)
- RAF. (¡Lo que usted quiera, compadre!)
- CLOT. (Rafael...)
- RAF. (¡Cuánto te quiero!...)
- EDUARD. ¿Conque abracitos?... Nosotros  
tambien nos abrazaremos...
- AMALIA. Esperad...
- EDUARD. ¿Qué vais á hacer?...
- AMALIA. A pedir aquí un consejo...  
si es que el coronel no quiere...
- RAF. Si tengo una voz de trueno,  
verá usted... ¡Aplaudan, arm!
- AMALIA. Pero, hombre de Dios, qué es eso,  
no repara usted que estamos  
de un tornavoz para dentro...

Señores, muy poco os pido,  
 si os parece regular  
 este juguete... hacéd ruidos,  
 pues yo no quiero llorar  
 ni que llore mi marido!

Y lo contestó: ¡Me alegro!

Ya no puede más escribir

en un mes ó mes y medio.

Pero si cuando se cure

quiere volver á su empleo,

le arrancaré las orejas...

¡Ya lo sabéis!

¡Y yo que tengo

la culpa!

— Es decir que ya

no empezamos ningún riesgo

á nuestra paz conjugal...

Ninguna, yo lo celebro.

Y á ti te doy muchas gracias

por el continuo silencio.

con que has mirado á ese tonto...

¡Dios mío! Cuando yo pienso

que he podido ser amante

de otro lance me llueve...

No te altes, hija mía!

(Diga usted, y que lo haremos?)

(¡Lo que usted quiera, compañero!)

(¡Rata!)

(¿Cuándo se dispersa?)

¡Conque dispersos!... Nosotros

también nos dispersaremos...

¿Qué vais á hacer?

A pedir aún un consejo...

si es que el coronel no quiere...

Si tengo una voz de trueno,

verá usted... ¡Aplaudan, amigos!

Pero, hombre de Dios, qué caso,

no repara usted que estamos

de un tornavoz para dentro...

FIN.



## OBRAS DEL MISMO AUTOR.

---

- El Sitio de París*, drama en cuatro actos, prosa y verso (1).
- El Gran mundo*, comedia en tres actos y en verso, original.
- El Espejo del alma*, id. en tres actos y en verso. idem.
- Don Robustiano*, disparate cómico en dos actos y en prosa.
- Parientes y trastos viejos*, juguete en un acto y en verso.
- Colon, Cortés y Pizarro*, id., id., id.
- La Sortija de pelo*, id., id., id.
- Un Secreto entre mujeres*, id., id., id.
- ¡Todo por un Simon!*, id., id., id.
- Eclipse de Luna*, id., id., en prosa.
- Una Crisis conyugal*, id., id., en verso.
- Salud y fraternidad*, id., id., id.
- Armonías conyugales*, id., id., id.
- La Guía de forasteros*, id., id., en prosa.
- Las Tres D. D. D.*, id., id., id.
- La Mano muerta*, leyenda en tres actos y verso.
- Amores de campamento*, drama en un acto y verso.
- Conjeturas...*, juguete en un acto y prosa.
- El Tren correo*, id., id., y en verso.
- ¡Esto se complica!*, id., id., id.
- El Ramo de lilas*, id., id., id.
- ¡Papá!* id., id., id.
- ¡Canela!* id., id., prosa.
- El Ideal de la niña*, id., id., en verso.
- El Dó de pecho*, id., id.
- Los dos Bertoldos*, id., id., id. (2).
- ¡Qué será, qué no será?*, id., id., en prosa.

---

(1) En colaboración con D. Pedro Marquina.

(2) Id. con D. Antonio Zamora.

N. 47420

- El Sitio de Peris, drama en cuatro actos, prosa y verso (1).
- El Gran mundo, comedia en tres actos y en verso, original.
- El Rapto del alma, id. en tres actos y en verso, idem.
- Don Robinson, disparate cómico en dos actos y en prosa.
- Partidas y traveses viejos, juguete en un acto y en verso.
- Colón, Cortés y Pizarro, id., id., id.
- La Sortija de pelo, id., id., id.
- Un Secreto entre mujeres, id., id., id.
- Tocho por un Simón, id., id., id.
- Relámpago de Luna, id., id., en prosa.
- Una Crisis conyugal, id., id., en verso.
- Salud y fraternidad, id., id., id.
- Armonías conyugales, id., id., id.
- La Guía de foresteros, id., id., en prosa.
- Las Tres D. D., id., id., id.
- La mano muerta, leyenda en tres actos y verso.
- Amores de campanero, drama en un acto y verso.
- Conjeturas... juguete en un acto y prosa.
- El Tren corto, id., id., y en verso.
- Esto se conjetura, id., id., id.
- El Reino de las, id., id., id.
- Papel, id., id., id.
- Conchal, id., id., prosa.
- El Ideal de la niña, id., id., en verso.
- El Dó de pecho, id., id.
- Los dos Boteleros, id., id., id. (2).
- ¿Qué será, qué no será, id., id., en prosa.

(1) En colaboración con D. Pedro Martínez.

(2) Id. con D. Antonio Xarros.

## PUNTOS DE VENTA EN MADRID.

Casa del Editor, Contaduría del Teatro Eslava y  
librería de Cuesta.

---

### EN PROVINCIAS.

<i>Alcoy</i> .....	D. Francisco Boronato y Satorre.
<i>Almería</i> .....	Señora viuda de Cordero.
<i>Andújar</i> .....	D. José de las Casas de Pozo Blanco.
<i>Barcelona</i> .....	» Andrés Vidal y Roger.
<i>Bilbao</i> .....	Hijo mayor de la Viuda de Delmas.
<i>Cáceres</i> .....	D. Nicolás María Gimenez.
<i>Cádiz</i> .....	» Manuel Morillas.
<i>Ciudad-Real</i> ....	» Clemente Gonzalez.
<i>Córdoba</i> .....	» Manuel García Lovera.
<i>Coruña</i> .....	» Canuto Berea.
<i>Cuenca</i> .....	» Manuel Mariana.
<i>Granada</i> .....	» Miguel Talavera.
<i>Guadalajara</i> ....	» José Antelo.
<i>Jaen</i> .....	» Manuel Bacas.
<i>Lérida</i> .....	» P. Moreno Gil.
<i>Logroño</i> .....	» Plácido Brieva.
<i>Murcia</i> .....	» Rafael Almazan.
<i>Málaga</i> .....	» Francisco Moya.
<i>Palma de Ma- llorca</i> .....	» Bartolomé Perelló.
<i>Pamplona</i> .....	» José Montorio.
<i>Ríoseco</i> .....	» Marcelo Pradano.
<i>Santander</i> .....	» Cipriano Osés y Mina.
<i>San Ildefonso</i> ...	» Juan Alderete.
<i>Segovia</i> .....	» José Sancho Pulido.
<i>Sevilla</i> .....	Señores hijos de Fé.
<i>Valencia</i> .....	D. Carmelo Sanchez Laviña.
<i>Valladolid</i> .....	» Mariano Chacel y Minguela.
<i>Vitoria</i> .....	» Bernardino Robles.
<i>Zaragoza</i> .....	» José Menendez.

# OBRAS

CUYA PROPIEDAD PERTENECE A LOS SEÑORES

## Jimenez y Torquemada.

### EN DOS ACTOS.

El primer beso, drama en verso.  
Por el Rey y contra el Rey, id.

### EN UN ACTO.

Camoens, drama en verso.  
Un cosechero riojano, id. id.  
Un corazon de oro, id. id.  
Los nervios de mi mujer, pasillo cómico, id.  
Las llaves de San Pedro, juguete id. id.  
El ideal de la niña, id. id. id.  
Una crisis conyugal, id. id. id.  
La herencia de un sobrino, id. id. id.  
El leon enamorado, fábula en id.

Editor: D. BONIFACIO ESLAVA.

ARENAL. 18.